

SONIA FERNÁNDEZ-VIDAL

LA PUERTA
DE LOS TRES CERROJOS

NARRATIVA

SINGULAR

Diseño de la portada y del interior: MBC

Realización de este libretto: Barreras & Creixell

© 2011 Sonia Fernández-Vidal, del texto

© 2011 Oriol Malet, de las ilustraciones

© 2011 La Galera, SAU Editorial,
de la edición en lengua castellana

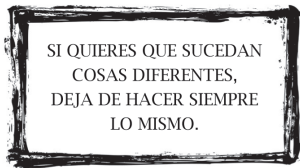
La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com



CAPÍTULO 1

Un mensaje misterioso

Niko se quedó paralizado en la cama, perplejo por lo que acababa de aparecer en el techo de su habitación:



La enigmática frase se reflejaba, por algún extraño efecto óptico, justo encima de su cabeza. Estaba acostumbrado a ver el reflejo de los coches que pasaban por la calle, y podía inclu-

so distinguir su color, pero nunca le había sucedido algo así.

El grito de su madre hizo que abandonara aquel enigma y se incorporara de un salto.

—¡Niko, gandul, volverás a llegar tarde!

Mientras se vestía, evocó con amargura el día anterior. Su estómago se retorció al recordarle al profesor de física. Tenía la mala costumbre de preguntarle justo cuando su cabeza estaba en las nubes, y ayer había metido la pata hasta el fondo. Toda la clase se había reído a su costa, incluida la chica que tanto le gustaba.

Para acabar de empeorar las cosas, durante la hora de gimnasia, el coleccionista de novias de la escuela se había acercado a tontear con ella. Aquel presumido sin cerebro había conseguido más avances en dos minutos que él en dos años. Al verla reír tontamente, Niko había entendido que ella sería la próxima en formar parte de la colección. Se estremeció nada más pensarlo.

Había sido uno de aquellos días en los que el universo entero parece estar conspirando contra uno.

Mientras pensaba en sus calamidades, Niko se vistió a toda prisa. Se enfundó unos tejanos rotos y la camiseta del día anterior, que estaban encima de la silla. Con un rápido movimiento de manos, se peinó el pelo y observó su refle-

jo en el espejo del armario. Niko nació con una peculiaridad: un ojo de cada color. Uno de ellos era azul y el otro verde. Sus padres esperaban que, al crecer, ambos ojos adoptarían un mismo color. Pero no fue así.

A continuación, arrastró con el brazo los libros sobre su escritorio hasta meterlos en la mochila. Se dijo que tenía que ahorrar para comprarse una nueva. Aquella era demasiado infantil y no contribuía a que mejorara su ya escasa popularidad.

Levantó los ojos dando un suspiro, y entonces la volvió a ver. La frase misteriosa seguía reflejada en el techo. Intrigado, Niko arrojó la mochila sobre la cama y sacó la cabeza por la ventana, intentando deducir el origen de aquella extraña proyección. ¿Sería una campaña de publicidad?

Pero no supo ver de dónde procedía.

Se acordó de la profesora de física que había sustituido a su enemigo durante un mes, a principios de curso. Se llamaba Blanca. Era muy guapa y simpática, pero hablaba tan rápido cuando se entusiasmaba que se ganó el apodo de Blancandecker.

Les había hablado de la reflexión y la refracción. Había entrado en clase con un espejo enorme. Tras apagar las luces, pidió a Niko que crease una nube con la tiza del

borrador. Lo sacudió con la mano, y entonces ella encendió su linterna. Gracias a la nube de tiza, pudieron visualizar el camino recto que seguía el haz.

Luego encendió las luces de nuevo y les propuso un **enigma:**



—IMAGINAOS UNA CALLE POR LA QUE CIRCULA UN COCHE OSCURO, SIN LUCES. TODAS LAS FAROLAS DE LA CALLE ESTÁN APAGADAS. NO HAY RESPLANDOR DE NINGUNA CASA NI LUZ PROVENIENTE DE LOS ESCAPARATES. DE REPENTE, UN GATO NEGRO CRUZA POR DELANTE DEL COCHE. SIN EMBARGO, EL CONDUCTOR FRENA A TIEMPO ANTES DE ATROPELLARLO. ¿CÓMO HA CONSEGUIDO VERLO?

En la clase se hizo un silencio expectante. Todos temían que una mala respuesta diese como resultado un punto negativo en su expediente. Blanca insistió un par de veces y, al no obtener respuestas, se resignó a dar la solución:

—NADIE OS HA DICHO QUE FUESE DE NOCHE. ERA PLENO DÍA, DE MODO QUE EL CONDUCTOR NO TUVO PROBLEMA PARA VERLO Y PARAR.



—¡Niko!

El tono crispado de su madre hizo que renunciara a seguir buscando el origen del mensaje misterioso.

Entró en la cocina y engulló casi sin respirar el bol con cereales y leche mientras su madre lo sermoneaba. Como cada mañana, bajó los escalones de dos en dos hasta llegar al portal. Abrió la puerta de la entrada, como siempre, y miró la calle por la que solía bajar hacia su instituto.

De repente, se detuvo en el portal. Un escalofrío recorrió su espalda al recordar las palabras que tanto le habían intrigado unos minutos antes: «Si quieres que sucedan cosas diferentes, deja de hacer siempre lo mismo.»

Instintivamente, giró la cabeza para mirar la calle cuesta arriba. Nunca había tomado esa dirección para ir al instituto, porque implicaba dar un rodeo. Además, la parte alta de aquella zona era solitaria y apenas había tiendas.

Recordó como un chispazo unos versos que había visto en la carpeta de la listilla de la clase. Eran de un tal Robert Frost y decían:

Dos caminos se bifurcaban en un bosque, y yo,
yo tomé el menos transitado,
y eso marcó toda la diferencia.

Inspirado por el mensaje misterioso y por el recuerdo de ese poema, Niko decidió subir la cuesta en lugar de ir calle abajo.

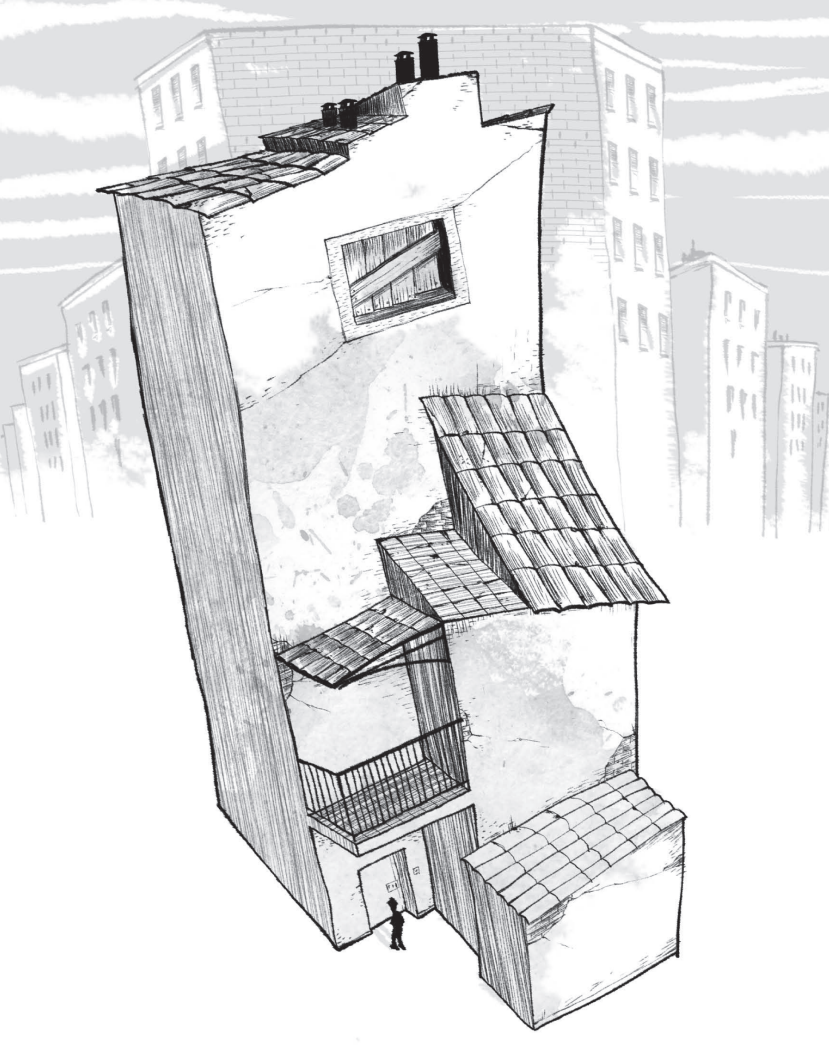
Poseído por un repentino entusiasmo, le pareció que era la primera vez que pasaba por allí. Había detalles de la calle que le sorprendían, desde los colores de las fachadas a la fragancia de los árboles otoñales que brotaban en las aceras.

Niko se sentía extrañamente alerta, como si algo estuviera a punto de suceder. ¿Era posible que se produjera algún cambio sólo con dejar de hacer lo mismo?

Acababa de hacerse esta pregunta cuando frenó en seco. Al lado de una floristería cerrada descubrió un viejo case-rón en el que nunca había reparado. Y, sin embargo, había pasado unas cuantas veces por allí. De eso estaba seguro.

Levantó la cabeza lleno de curiosidad. Pese a la altura del edificio, sólo había una ventana en el tercer piso. Estaba cegada con unos viejos postigos de madera. Todo hacía pensar que la casa estaba deshabitada.

Niko miró inquieto la puerta de entrada. Era mucho más nueva que el resto de la casa, que parecía a punto de derribo. Estaba hecha de una hermosa madera, en contraste con la de los ventanales del tercer piso que se veía vieja y



podrida. Y, más extraño aún, la puerta estaba cerrada por tres robustos cerrojos.

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué molestarse en sellar una casa decrepita y abandonada?

Niko se fijó en la poca gente que pasaba por allí. Nadie reparaba en el caserón. Algunos miraban la floristería cerrada, y acto seguido su mirada saltaba al otro lado de la calle, como si no pudiesen ver aquella edificación.

Aunque iba a llegar tarde al instituto, se acercó a examinar de cerca los tres cerrojos que protegían la puerta. ¿Qué diablos habría allí dentro?

A la izquierda de la puerta descubrió un botón rojo. Niko habría jurado que aquel botón no estaba allí un segundo antes; era como si hubiera aparecido de repente cuando miró hacia aquel lado. Pero sabía que eso era imposible, así que asumió que le había pasado por alto. Debía de estar más dormido de lo que pensaba.

Movido por la curiosidad, no pudo evitar pulsar el botón.

Sin saber qué excusa iba a dar, contuvo la respiración al oír el sonido del timbre al otro lado de la puerta. Pero antes de que volviese a respirar, una voz extrañamente lejana contestó por el interfono:

—Sube, te estábamos esperando.

